

llegaba de Brescia, retiróse en desorden á los primeros disparos, y ya Quosdanowitsch se disponía á recobrar la posición de Saló, cuando recibió la noticia de la derrota de Ocskay. En vista de esto, hacia las once de la noche reunió en Consejo á sus generales, los cuales, fundándose en que habían perdido muchos miles de hombres, entre muertos, heridos y extraviados, en que Wurmser, á pesar de su carta, no parecía por ninguna parte y en que corrían peligro de que el enemigo les cerrase el paso del Chiese, convinieron á Quosdanowitsch de la necesidad de la retirada, que emprendieron el cuatro por la mañana hacia el Tirol. En este mismo día, el coronel Knorr, con tres batallones y dos escuadrones, se dirigió al Sur hacia Lonato, donde no había más que un destacamento de mil doscientos hombres, á los cuales intimó capitular. El comandante de éstos era Bonaparte en persona, que recibió al parlamentario rodeado de su Estado mayor y le dió ocho minutos de tiempo para que Knorr se rindiese, bajo amenaza de no dejar un soldado vivo. En estos instantes aparecieron los batallones de Massena, y el coronel alemán depuso las armas.

Mientras tanto, Augereau proseguía su empresa contra Liptay y Wurmser. El tres de Agosto á media noche, tomó el camino de Castiglione, y trabó el combate al rayar el alba. Liptay había colocado el grueso de su infantería en las colinas al Norte de la ciudad, dejando en ésta y en el castillo escasas fuerzas. Los franceses atacaron con ímpetu; al primer asalto tomaron el castillo; en los demás puntos tropezaron con tenaz resistencia, que vencieron tras larga y sangrienta lucha, retirándose Liptay en buen orden hacia las alturas de Solferino y Cabriana. Al medio día, entró Augereau en Castiglione. Disponíase éste á atacar sin tomarse punto de descanso á Solferino, á pesar del cansancio de sus tropas, cuando llegaron las vanguardias de Wurmser, y con el auxilio de estas Liptay tomó la ofensiva, pero fué de nuevo rechazado. Wurmser acampó por la tarde al Sur de Solferino, donde recibió, en la noche del cuatro al cinco, la noticia de la retirada de Quosdanowitsch. También él debió haberse retirado en este instante, no teniendo elementos para resistir á la totalidad de las tropas francesas. Bonaparte iba á recoger el fruto de la penetración y perseverancia que había mostrado en medio de tan grandes angustias. Durante la noche, reforzó la división de Augereau y Kilmaine con siete mil hombres de Massena; mandó que tres mil más de este cuerpo y otros tres mil de la división Despinois marchasen á Castiglione, y el cuatro por la mañana ordenó á Serurier trasladarse con sus cinco mil hombres de Marcaria á Guidizzolo, á fin de caer sobre la espalda de los austriacos y consumir su ruína. Para distraer de este punto la atención de su adversario, Bonaparte dispuso el cinco por la mañana que Massena rompiera el ataque contra el ala derecha, á la que el general austriaco envió dos mil hombres del centro, dejando débilmente protegida su ala izquierda. Durante estas operaciones, llegaron por la espalda de los austriacos, con gran sorpresa de Wurmser, las tropas de Serurier, y al mismo tiempo, la caballería

de Kilmaine atacaba inesperadamente el flanco izquierdo; por último, poco después se presentaron la división Despinois y los últimos regimientos de Massena, que acabaron de cercar el ala derecha. Entonces, Bonaparte lanzó con vigor la división Augereau contra el centro enemigo, por cerca de Solferino. El desenlace de esta jornada no era dudoso. Wurmser parecía clavado en el suelo, á pesar de que el peligro crecía por segundos, hasta que, viéndose perdido, ordenó desesperado la retirada, ganando la ribera oriental del Mincio y marchando de aquí por diferentes caminos hacia el Tirol. El catorce de Agosto, los ejércitos volvieron á encontrarse en las mismas posiciones que ocupaban antes de abrirse la campaña, con la diferencia de que ahora los unos eran vencidos y los otros vencedores.

Las jornadas de Lonato y Castiglione asentaron sobre sólidos cimientos la fama de Bonaparte. Ciertamente buena porción de gloria correspondía al general Augereau, por su nunca desmentida bravura; pero no cabe duda que, en conjunto, el triunfo debíase principalmente al general en jefe, que había sabido hermanar la prudencia con la temeridad, el cálculo con la osadía. El efecto de estas victorias sobre Italia fué inmenso. Todos los gobiernos, de Roma, de Nápoles, de Génova, de Venecia, habían creído al principio en el triunfo de los austriacos y se habían dejado llevar á manifestaciones hostiles contra Francia; y ahora, tristes y temerosos, todos volvieron á doblar la cabeza. Mas el triunfo distaba mucho de ser completo: Wurmser había sido rechazado, no derrotado. Tampoco su esfuerzo había sido del todo inútil. Mantua estaba salvada; su guarnición, aumentada y fortificada; inutilizado, el gran parque de artillería. Bonaparte la hizo acordonar de nuevo, inmediatamente después de Castiglione; pero largos meses habían de pasarse antes que el hambre la obligase á rendirse. Mantua, aquella pequeña ciudadela, encadenaba á Bonaparte en Italia y le impedía ir á imprimir nuevo impulso á la invasión de Jourdan y Moreau en el Sur de Alemania. El sentimiento de esta situación se refleja en la carta que dirigió al Directorio el catorce de Agosto. «Si una división del ejército del Rin llegase á Inspruck y rechazase á Wurmser hacia el Este, decía, yo emprendería entonces una expedición contra Trieste; luego, si el archiduque Carlos fuese completamente derrotado, Inspruck ocupada por fuertes masas de tropas y Ratisbona tomada por Jourdan, yo podría marchar también de Trieste contra Viena». ¡Qué diferencia entre este modesto, casi tímido lenguaje, y las grandiosas promesas de sus anteriores cartas! El Directorio le ordenó, en despachos de quince, diez y siete y veintitrés de Agosto, apresurar su invasión en Alemania atacando á Wurmser en el Tirol. Bonaparte formó su plan, conforme al que Augereau y Massena remontarían el valle del Adige; la división Sauret, mandada ahora por el general Vaubois, se adelantaría, por Riva, hasta Mori, donde se le uniría Massena, y Kilmaine se situaría con tres mil hombres entre Verona y Legnano, para proteger el Adige. El treinta y uno, Bonaparte anunció al Directorio que sus columnas romperían

el ataque el dos de Septiembre. De nada de esto tenía noticia Wurmser, cuyo pensamiento se movía en regiones bien diversas. Era tan grande el interés de la corte de Viena por conservar á Italia, que, no obstante el dolor y consternación que le habían causado los últimos descalabros, el catorce de Agosto despachó el emperador orden á Wurmser de que, lo más pronto posible, hiciese otra tentativa para libertar á Mantua. Extrañóle á Wurmser esta orden, porque Mantua, con diez y seis mil hombres de guarnición y víveres para varios meses, no corría peligro; pero, ante la voluntad del emperador, no había sino callar y obedecer. El primero de Septiembre acabó de formar su plan, que adolecía del mismo defecto que el anterior; el de dividir las fuerzas, y fijó el comienzo de las operaciones para el seis. En tanto, sus tropas siguieron diseminadas por pequeños destacamentos, en Roveredo, San Marco y Ala, á la margen izquierda del Adige, y á la derecha, el príncipe de Reuss con su brigada en Mori, dilatándose sus avanzadas al Oeste, hacia el valle del Sacra. Como de costumbre, los franceses tomaron la delantera. El tres de Septiembre, Vaubois, rodeando con sus once mil hombres la punta septentrional del Garda, llegó á Mori y dispersó sin esfuerzo las avanzadas del príncipe de Reuss; el mismo día, Massena, á la cabeza de trece mil hombres, rechazó con igual facilidad hasta San Marco el destacamento acantonado en Ala; desde este punto, Vaubois y Massena marcharon juntos en dirección á San Marco, de donde expulsaron á los austriacos hacia Roveredo, causándoles pérdidas considerables. Davidowitsch destinó mil setecientos hombres á defender, detrás de Roveredo, el angosto desfiladero de Pietra, entre el río y las rocas, y la brigada acampó media legua más arriba, en Caliano. En este instante llega Bonaparte, examina el desfiladero y ordena el ataque, haciendo trepar á sus tiradores por los peñascos que limitan el paso á la derecha, limpiando el camino con nutrido fuego y lanzándose en persona al combate. La guarnición huyó á la desbandada, perseguida por la caballería francesa, que dispersó en Caliano el grueso de las tropas, tras breve combate. Muchos buscaron su salvación allende las montañas, en el valle del Brenta; seis mil soldados y veinticinco cañones cayeron en poder de los franceses, no quedándole á Davidowitsch, de los trece mil hombres que mandaba, más que cinco mil escasos. A esta hora, cabalmente, salía Wurmser de Trento para Basano, dejando orden á Davidowitsch de conservar á todo trance aquella plaza. ¡Bueno estaba Davidowitsch para conservar á Trento con los pocos restos desalentados de su división! Batido de nuevo, el cinco, en la fuerte posición de Lavis, retrocedió hasta Neumarca, en dirección á Botzen. El mismo día cinco, al medio día, llegó Bonaparte á Trento, donde, habiéndose enterado de la partida de Wurmser, dejó en paz á Davidowitsch y se volvió contra el mariscal, mandando á la división Augereau trasladarse á Levico, por la montaña; á Massena, que estaba en Lavis, incorporársele, y dejando en Trento la división Vaubois.

Las fuerzas de Massena y Augereau sumaban unos veinte mil hombres, número igual

al de las de Wurmser; pero tenían la ventaja de estar juntas, mientras que el austriaco había dividido las suyas en tres columnas, que marchaban á bastante distancia la una de la otra. El seis de Septiembre, Meszaros se hallaba á cinco leguas más allá de Basano, en Olmo, cerca de Vicencia; Sebottendorf, en el mismo Basano, y Quosdanowitsch, en Primolano, dos leguas antes de Basano. Este día supo Wurmser la derrota de Davidowitsch y la pérdida de Trento, lo que le perturbó, temiendo que Napoleón cayese sobre él con todas sus fuerzas; mas sin decidirse á tomar ninguna resolución. Pronto empezaron los golpes. El seis, Augereau batió en Levico los primeros destacamentos austriacos; el siete, derrotó en Primolano á los tres mil hombres mandados por Gavasini, y el mismo día, por la noche, llegó á Cismona, donde se le unió el general Massena. Wurmser, en vez de reunir sus fuerzas, las fraccionó más aún, colocando á Bayalitsch, con quince mil hombres, á una legua más arriba de Bassano, en la margen izquierda del Brenta; á Revertera, con dos mil, en la margen derecha, y á Sebottendorf, con tres mil quinientos, junto á la ciudad. Veloz como el rayo, Bonaparte hizo partir á Augereau el ocho de Septiembre á las dos de la mañana; ganó la margen derecha por un vado, y á las siete rompió el fuego contra Revertera, mientras Massena se arrojaba sobre Bayalitsch. En media hora, se decidió el combate. Los que no cayeron muertos ó prisioneros, se desbandaron sin rumbo. Los trofeos de esta jornada fueron treinta y cinco cañones, dos trenes de puentes, doscientos coches, siete banderas y tres mil prisioneros. Wurmser y Sebottendorf se salvaron á duras penas, con dos mil hombres, y tomaron á toda prisa el camino de Vienne para juntarse á la división Meszaros. La marcha de Wurmser á Mantua ya no tenía por objeto libertar á esta ciudad, sino salvar los restos del ejército. Sin tropiezo, llegó hasta Legnano la tarde del nueve, y pasó corriendo el Adige. Al siguiente día lo pasó Massena por Ronco, y torció al Sur para caer sobre el flanco de los fugitivos, al tiempo que Sahuquet, avisado oportunamente, marchaba á su encuentro. Salvóse Wurmser gracias á la división Meszaros, que el once rechazó con vigor los ataques de Massena, y el doce dispersó en Roncoferrara varios destacamentos de Sahuquet, logrando llegar el trece á Mantua. El Mariscal, no queriendo encerrar sus fuerzas en sitio tan insalubre, acampó la mitad próximamente de ellas en la margen izquierda de los lagos, entre la ciudadela y el fuerte de San Giorgio; pero Bonaparte le atacó el quince con todas las tropas francesas y le obligó á retirarse en la ciudadela, después de haberle muerto cerca de tres mil hombres.

Esta vez, el triunfo de Bonaparte fué completo. Del lucido ejército de Wurmser sólo quedaban los míseros restos encerrados en Mantua y los arrinconados en las montañas del Tirol. El destinado á redimir á Milán podía dar gracias á Dios de haber salvado la vida. En Viena todo era luto y tristeza; en París, todo júbilo y alegría. El nombre de Bonaparte andaba en labios de todos elogiado, admirado, enaltecido, por la gloriosa jornada de Basano. Y con razón. «Su conducta en este segundo ataque de los austriacos nunca

será bastante ponderada, dice Clausewitsch. Eligió la acción decisiva, porque estaba seguro de sí mismo, y la ejecutó con una energía y una prontitud sin igual. Italia quedaba sometida de nuevo á las armas francesas, y Bonaparte se aplicó ahora resueltamente á fundar en ella Estados republicanos, bajo la protección de Francia. Propuso á las autoridades de Milán y Bolonia formar legiones armadas para defender la libertad y la patria. «Ha sonado para Italia la hora, escribía á los bolonios, de mostrarse con honor entre las naciones poderosas; Milán, Bolonia, Módena, Ferrara, Reggio, tal vez Romania, llenarán un día á Europa de admiración; yo guiaré vuestros batallones, y vuestra fortuna será en parte vuestra propia obra». El cuatro de Octubre publicó un manifiesto, en el que tomaba al pueblo de Módena bajo su protección; legiones se formaron en Milán y en Bolonia, y Módena y las Legaciones enviaron diputados á Bolonia para convenirse acerca de las medidas que convenía tomar. «Espero, escribía Bonaparte al Directorio, que el impulso dado por estos sucesos se comunicará á toda Italia». Su política ahora era de paz, aspirando á reconciliarse con todos los Estados; y como el Directorio practicaba la contraria, recurrió á su gran expediente de presentar la dimisión. «Bien sabéis, escribió, que no me guía ninguna ambición personal; mi salud se halla tan quebrantada, que apenas puedo montar á caballo; pido que me designéis sucesor». ¿Qué había de hacer el Directorio sino someterse de nuevo al general invencible abandonando en sus manos la suerte de Italia, la facultad de decidir de la paz y de la guerra?

Austria era inagotable. Acababa de sepultar dos ejércitos en Italia, y estaba preparando un tercero. Tan poderosamente le tiraba aquella encantadora tierra. El secreto de su energía estaba en que el gobierno había tenido la habilidad de hacer esa guerra popular entre las belicosas poblaciones de Hungría, Croacia y Tirol, efectuándose las levadas con la misma facilidad y entusiasmo que en tiempo de María Teresa. Solo de Croacia se sacaron veinte mil reclutas. Durante el mes de Octubre, la división Quosdanowitsch, en el Frioul, elevó su contingente de cuatro mil á cerca de veintinueve mil hombres, y la Davidowitsch, en el Tirol, de trece mil á diez y ocho mil quinientos. El mando de estas tropas se confió al general de artillería barón Allwintzy, ya de edad, firme y activo más que inteligente. Su campaña fué una segunda edición de la de Wurmser: la misma división de las tropas, iguales éxitos al principio, idénticos desastres después. Por parecerse en todo, tuvo también sus dos partes. Se dispuso que Davidowitsch marcharía en dirección Sur por el Adige; Allwintzy, hacia el Oeste, pasando el Brenta y probablemente el Adige, para reunirse detrás de Verona, ó delante de Mantua. La guarnición de esta ciudad, después de lo que había menguado con las privaciones y enfermedades, ascendía todavía á trece mil hombres. Contra estas fuerzas, Bonaparte no disponía más que de cuarenta y un mil hombres, y deduciendo los que sitiaban á Mantua, solo le quedaban libres treinta y dos mil. En Trento estaba Vaubois, con poco más de diez mil hombres, contra Davidowitsch; en el

Brenta, por la parte de Basano, Massena, con nueve mil quinientos hombres, contra Allwintzy; en Verona, Augereau, con unos doce mil quinientos, para sostener al uno ó al otro. En número, los austriacos superaban á los franceses; pero aquéllos eran reclutas, y éstos, los soldados más aguerridos del mundo, con ciega confianza en su jefe y mirando con desden á los que tantas veces habían vencido.

El dos de Noviembre, se rompieron las hostilidades. El empuje de los austriacos fué irresistible, arrollador. Vaubois hubo de retroceder de Lavis á Caliano, y de aquí, á Corona y Rivoli, y gracias que Davidowitsch, en vez de continuar el ataque, se detuvo á esperar noticias de Allwintzy. Este avanzó hasta Basano y Citadella, retirándose Bonaparte, con las divisiones Massena y Augereau, á Verona, adonde le siguió el austriaco, trabándose el doce, en Caldiero, reñido combate, del que salieron mal librados los franceses. La situación de Bonaparte iba poniéndose oscura. Sus divisiones habían luchado con denuedo, pero sin éxito. Cualquier otro, en su lugar, dando la partida por perdida, se habría retirado detrás del Adda, ahora en que aun era tiempo. Pero Bonaparte tomaba en cuenta otros factores, además de las fuerzas numéricas y los puntos geográficos. Con su rara perspicacia, sondeó el carácter de su adversario y previó las resoluciones que había de tomar. Y no se equivocó. Después de Caldiero, Allwintzy, por el mal estado de los caminos, dejó al enemigo regresar sano y salvo á Verona; después de Caliano, Davidowitsch pasó toda una semana inactivo, aplazando indefinidamente el ataque á Rivoli; en la misma Mantua, Wurmser y sus trece mil hombres dejaban transcurrir los días sin moverse, sin molestar á los sitiadores. Frente á semejantes adversarios, Bonaparte juzgó que había medios aún de ejecutar un atrevido golpe de mano, que dirigió contra Allwintzy, por ser el más peligroso. Llamó á tres mil hombres de los de Mantua y á otros tantos de la división Vaubois, y en la noche del diez y nueve salió de Verona, con unos veinte mil hombres, caminando con gran sigilo y ligero andar; pasó los puentes del Adige, y bajó por la margen occidental de este río unas tres leguas. Los soldados marchaban tristes, creyendo que aquello era la retirada definitiva; pero de repente se hace alto en Ronco, se tiende un puente de barcas sobre el río, y la columna, recobrando todo su ardor, se lanza al Este para probar de nuevo la suerte de las armas. La separaba del enemigo un vasto pantano, el pantano del Alpona, que atravesaban dos diques altos y estrechos, el uno en dirección á Caldiero, Noroeste, el otro á San Bonifacio, Noreste, desde cuyas ciudades empieza el suelo firme. El ejército austriaco estaba cerca de Caldiero, y tenía su parque de artillería y sus columnas de municiones en San Bonifacio. Bonaparte se proponía que Massena llegase á Caldiero por la calzada occidental, al tiempo que Augereau, por la otra calzada, caería en San Bonifacio sobre los bagajes enemigos. El ataque empezó el quince por la mañana. Las fuerzas austriacas que vigilaban las márgenes del río, mandadas por el coronel Brigido, retrocedieron hasta la extremidad de las dos calzadas, en las aldeas de Por-